CARTA PASTORAL,

QUE EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DR. D. JOSE MARIA ORBERÁ Y CARRION,

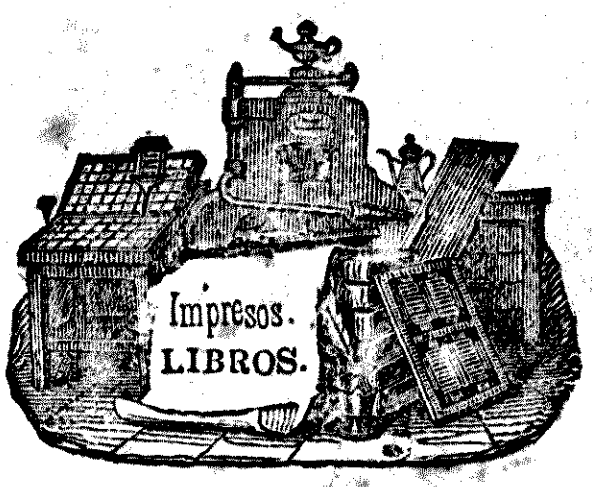
OBISPO DE ALMERIA,

DIRIGE

AL CLERO Y PUEBLO DE SU DIÓCESIS,

DEMOSTRANDO

que no todos los impresos pueden lícitamente leerse: é inculcando á los fieles la grave obligacion que tienen de impedir la propagacion de los tales impresos.



ALMERIA.—1878.

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ.

calle de las Tiendas, número 19.

AL/R.3-29

CARTA PASTORAL,

QUE EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DR. D. JOSE MARIA ORBERÁ Y CARRION,

OBISPO DE ALMERIA,

DIRIGE

AL CLERO Y PUEBLO DE SU DIÓCESIS,

DEMOSTRANDO

que no todos los impresos pueden lícitamente leerse: é inculcando á los fieles la grave obligacion que tienen de impedir la propagacion de los tales impresos.

ALMERIA.—1878.

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ.

calle de las Tiendas, número 19.

NOS EL DR. D. JOSE MARIA ORBERÁ Y CARRION,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE ALMERIA, ETC. ETC.

A nuestros venerables Hermanos el Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de nuestra Santa y Apostólica Iglesia Catedral, á los R. R. Arciprestes, Curas párrocos, Coadjutores y demás Presbíteros, á las Religiosas y fieles todos de Nuestro Obispado: salud, paz, gracia y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam secundum traditionem hominum secundum elementa mundi, et non secundum Christum. Ad Coloss. XI. 8.

Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía é inútil falacia, segun la tradicion de los hombres y segun las máximas del mundo, y no segun Cristo.

El mundo es ingrato. Recibe cuanto bien se le hace y olvida al momento el beneficio; es enemigo de Dios y por ende contrario á toda bondad y á toda verdad. Na-

die, como Dios, derramó abundantísimamente sus dones y sus gracias sobre el mundo, *et mundus eum non cognovit*. (1) El mundo adelantó más; concibió ódio contra Jesus, no por otra cosa sino porque pasó toda su vida haciendo bien: *per transiit benefaciendo*. (2) Y lo que fué el mundo con Jesus, lo fué luego con sus discípulos y lo será con la Iglesia, esposa de Jesus, hasta la consumacion de los siglos. *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit*. (3).

Con esto quedan explicadas todas las persecuciones que la Iglesia ha tenido que sufrir y sufrirá de parte de los hombres, apesar de su mision santa y bienechora. No importa. Si Jesus fué objeto del ódio de los hombres y Jesus venció, por eso la Iglesia sufre esperando la misma victoria. *Sed confidite: ego vici mundum*. (4).

Pio IX ese Pontífice cuya vida es un milagro y cuya fortaleza es una victoria; ese anciano venerable, que desde su elevacion á la Cátedra de S. Pedro no ha cesado de difundir el bien y la verdad por todos los ámbitos del mundo; ese mártir de la impía revolucion, cuyo crímen es su bondad y su magnánima caridad; ese salvador de la actual sociedad, olvidándose de si mismo y apesar de sus achaques y próximo quizas á presenciar el supremo y más terrible combate de todos los que ha esperimentado la Iglesia, estiende su pastoral solicitud para con todos los pueblos y especialmente para con nuestra amada Nacion Española.

Sí, V. H. é H. muy amados; debiendo Nos imitar y seguir en cuanto nuestras débiles fuerzas lo permitan, los altos y edificantes ejemplos de celo y vigilancia pastoral respecto de vosotros, puestos por la divina Provi-

---

(1) Joan. I. 10.
(2) Actor. Apost. X. 38.
(3) Joan XV. 18.
(4) Joan XVI. 33.

dencia bajo nuestro cuidado, hemos creido de nuestro deber exhortaros encarecidamente en el Señor, á que trabajeis para que cada dia se conserve entre vosotros mas pura nuestra Santa fe católica, la santidad de la doctrina evangélica y la moralidad en todas vuestras costumbres así públicas como privadas, por lo mismo que ahora más que nunca la impiedad os provoca é instiga á que os separeis de tan saludables principios por medio de escritos malévolos, de impresos reprobados, de libros indignos, de novelas inmundas, de folletines impios, de periódicos anti-católicos.

Acaso el mundo le ódie y descargue sobre él, el furor de sus iras; empero no importa, Pio IX y los Obispos españoles con él, cumpliendo con su mision y con su deber, se regocijarán y merecerán aquella gracia especial y aquel elogio que el Espíritu Santo hizo de los Apóstoles; cuando rebosaban de alegria por hallarse dignos de padecer por el nombre de Jesus: *Ibant (Apostoli) gaudentes a conspectu concilii quonian digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati* (1).

Nos pues en fuerza de nuestra obligacion sagrada y obedeciendo á la voz de Roma, nos apresuramos á dar la presente Carta Pastoral, muy convencidos de que los Párrocos, Sacerdotes y fieles todos de esta Nuestra muy amada Diócesis cooperarán con Nos á poner en juego todos los medios posibles para impedir la propagacion del error, que se difunde por medio de escritos impresos ó libros anticatólicos. Debemos procurar que los incautos no sean seducidos por alhagüeños escritos, los cuales no hacen otra cosa que propinar en dorada copa el veneno para la inteligencia y el corazon.

Debemos contrarrestar el mal en todas sus fases y medios perversos, con el bien en todas sus manifestacio-

---

(1) Actor. Apost. V. 41.

nes, para no hacernos vergonzosamente reos de aquella sentencia de Jesucristo. «Los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz. *Filii hujus sæculi, filiis lucis prudentiores sunt.* (1).

Debemos levantar cátedras de verdad ante sus cátedras de mentira y pulverizar su pretendida ciencia. Debemos aunar nuestros esfuerzos y combatir con la palabra y con la pluma esos errores modernos propagados por todas partes, mas perjudiciales y mortíferos que el veneno y el fuego. Debemos emplear todos nuestros esfuerzos, todos nuestros recursos para ayudar á la Iglesia en esta noble lucha; debemos desechar esa ociosidad criminal que nos domina aprovechándonos mas de las ilustraciones de la fé y los preciosos dones de la gracia. Debemos atajar el paso á los progresos del mal doquiera que se presente.

Debemos en fin, ser amantes de nuestro Dios, cuidando no se le blasfeme, caritativos con nuestro prógimo, evitando se le corrompa; defensores de nuestra Nacion á fin de que la impiedad y el masonismo no conduzca á los pueblos por medio de sus escritos de cualquier clase que sean, á la indiferencia religiosa, á la negacion de Dios y por ende á la barbarie y á su ruina.

De todo lo cual resulta una gran cuestion de hecho, y otra de derecho; ó si se quiere dos de derecho fundadas en un hecho de inmensa trascendencia que son á la vez dos grandes verdades para los católicos. Es decir, para entender y penetrarnos bien de cuanto llevamos dicho, es necesario fijar la atencion en los estragos que causa la lectura de los malos libros é impresos y en la obligacion que tiene todo católico de evitar tales estragos. Vamos pues á demostraros: 1.° Que no todos los impresos se pueden lícitamente leer. 2.° La

(1) Luc. XVI. 8.

obligacion que tienen todos los católicos de impedir la lectura y propagacion de tales escritos.

I.

NO TODOS LOS IMPRESOS SE PUEDEN LÍCITAMENTE LEER.

Muy gastado está ya el argumento de los incrédulos acusando á la Iglesia de oscurantista y enemiga de las luces, por la sola razon de prohibir bajo severas penas la lectura de cierta clase de libros. Mil veces ha sido ya rebatido dicho argumento. Basta hacer constar aquí que la Iglesia y solo la Iglesia tiene la mision de enseñar á los pueblos, y por lo tanto á sola ella incumbe el decidir sobre si un libro es, no solamente católico, sino si es además fundado y conforme con la moral y la verdad religiosa y filosófica.

Bueno, muy bueno es escribir y publicar libros para la ilustracion de los pueblos; bueno, muy bueno tambien es leer estos libros. Mas por desgracia, ni todos los libros conducen á este fin, ni todas sus lecturas producen dichos efectos.

Registrad, si es posible, el catálogo ó índice de todos los libros, que se han escrito desde el principio del mundo, ¡Dios Santo! quién será capaz de enumerarlos? Cotejadlos uno por uno, y hallareis una confusion tal, encontrareis tanta contradiccion entre sí, que no podreis menos de exclamar, y entre todos ¿quien tiene razon? ¿de parte de quien está la verdad? Un racionalista consecuente con su erróneo sistema os dirá que todos la tienen, porque cada hombre al escribir pensaba y creía tener él razon. De aquí la multitud de escuelas filosóficas en tiempo del paganismo, tan contrarias la una á la otra y llenas de tales absurdos que conduje-

ron al mundo á un estado de abyeccion tal que, en religion todo se adoraba menos al Dios verdadero á quien se debia adorar; en moral la corrupcion y el vicio, eran virtudes; en política estaba proclamado el derecho de la fuerza, y en todas las esferas todo era error, degradacion y despotismo.

Empero la verdad es una, como uno solo es Dios, verdad sustancial, como una sola es la ciencia como medio para conocerla. No pueden pues todos los escritos contrarios y contradictorios entre sí, tener la razon en lo que contienen, ni puede estar de parte de todos la verdad. ¿Quién decidirá, pues? ¿Quién dará el fallo entre tanta divergencia? ¿La razon del hombre? Imposible; porque la cuestion y el litigio entre los escritos versa sobre la misma razon del hombre; uno solo al mismo tiempo no puede ser reo y juez. Luego ha de ser, vista la insuficiencia de la razon del hombre, otra autoridad mayor, otra razon superior. Necesitaba el mundo una luz divina que alumbrase aquella razon obscurecida y moralizase aquel corazon corrompido.

Dios se compadeció del estado miserable del hombre á que le condujo su pobre razon. Descendió aquella luz divina, *iluminando á aquellos* que estaban sentados en tinieblas y sombras de muerte, *iluminare iis qui in tenebris et in umbra mortis sedent.* (1) Estableció aquella autoridad para que oyéndola los hombres, oyesen al mismo Dios infalible en su palabra: *qui vos audit me audit.* (2) Aquella luz era Jesús, luz verdadera que ilumina todo hombre que viene á este mundo, *lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (3) Aquella autoridad era la Iglesia católica á quien Dios confió el depósito de la Verdad. Luego el que

(1) Luc. cap. I, 79.
(2) Luc. X, 16.
(3) Joan. I, 9.

se sustrae de esta autoridad, necesariamente há de caer en error.

La prueba de esto la teneis en el protestantismo, que proclamando la independencia de la razon y de la conciencia se precipita en el absurdo y en la degradacion. No hay autoridad sobre la razon, dijo; y al instante surjieron esa infinidad de escritos y libros perversos, que son el oprobio de la misma humanidad. Queda el hombre sonrojado al ver estampados en libros, absurdos tan manifiestos y extravagancias tan ridículas. En vista de esto ¿le será al católico cosa indiferente leer ó no leer unos libros ó impresos contrarios á la fé, opuestos á la moral y tan perjudiciales á la misma sociedad? No por cierto. Así como todos los manjares no se pueden comer, del mismo modo no se pueden leer todos los impresos.

Y otra de las pruebas mas convincentes, es el empeño que tiene la impiedad en que todos sepan leer; y de este modo poder mejor extender sus doctrinas deletéreas. Propagar estas por medio de la palabra seria muy costoso además de ser muy difícil: espárzanse por los cuatro vientos hojas impresas que contengan una calumnia denigrante, una sátira volteriana, un cuento picante, una historieta inmoral y falsa; y en breves momentos, una inmensa multitud acepta lo que lee en letras de molde como una verdad histórica ó como una doctrina verdadera: Y la fé se apaga y la piedad desaparece y las costumbres corresponden á aquello mismo que se lee y á la manera que la peste en un momento hace multitud de víctimas, así donde penetran las malas lecturas matan millares de almas. No ignoramos que es un bien el saber leer; como lo es el ejercicio legítimo de cualquiera otra de las facultades del alma y de los sentidos para llegar á la posesion de la verdad y de la ciencia. Y más aun diremos: la enseñanza, suplicariamos á los go-

biernos, tenía que declararse obligatoria; pero era preciso que los mismos gobiernos cumpliesen con la obligacion de mandar que de las imprentas no saliera tampoco impreso alguno sin la competente revision y aprobacion de la autoridad de la Iglesia, única como dijimos, infalible en la enseñanza religiosa y que tenga la mision de enseñar á los pueblos todo lo concerniente á los deberes que debe llenar el hombre para llegar á su eterna salvacion.

Los impresos, A. D. son los medios que emplea la impiedad para pervertir á los pueblos. ¿De dónde nace esa multitud de asesinatos, crímenes enormes que horripila solo el recordarlos? ¿Sabeis de dónde? De esos escritos que en vez de proponer á los hombres una doctrina de caridad, de paz, de perdon y de concordia, les escita al ódio, al rencor, á la ira y á la venganza.

¿De dónde procede que en la sociedad moderna, el duelo y el suicídio sean tenidos como actos de honor y valentía? ¿Sabeis de dónde? De esa multitud de novelas que en vez de enseñar la resignacion y la paciencia enseña la desesperacion y olvido de la eternidad.

¿De dónde esos raptos tan frecuentes como escandalosos del hogar paterno, de doncellas que dejando á un lado todo pudor y vergüenza se escapan de sus casas ó se dejan robar por jóvenes inconsiderados y olvidados de todo temor de Dios, sumiendo á sus padres en la mayor amargura, y arrastrando por el fango el honor de sus familias? ¿Sabeis de dónde? de la lectura de esos dramas, novelas y episódios inmorales que insertan los malos periódicos.

¿De dónde esos vicios inmundos de la sensualidad, esa falta de fidelidad en los matrimonios, esos concubinatos, esa vida desordenada de tantos desdichados, cuyo fin es la muerte prematura ó el lecho de un hospital? ¿Sabeis de donde? de esas historietas, de esas producciones teatrales, de esos escritos que no respiran otra cosa

que molicie y fornicacion, de esas revistas que escitan al lujo y enseñan la maldad.

De donde, esas ideas revolucionarias, esas doctrinas socialistas, esas sectas masónicas, causa de todos los trastornos sociales, y de todas las vejaciones contra la Iglesia? ¿Sabeis de donde? De esos folletos que enseñan el desprecio de toda autoridad civil y religiosa; de esos periódicos que paulatinamente infiltran el veneno en el entendimiento y corazon del que los lee, por medio de artículos de fondo subversivos, de gacetillas mordaces, de anuncios atractivos, y de calumnias hábilmente preparadas.

¿De donde en fin ese estado aflictivo en que se hallan la Iglesia y las naciones todas, ese temor á un cataclismo universal? No lo dudeis, A. H.; todo esto reconoce por causa la propagacion de tales escritos, novelas, folletos, periódicos y caricaturas inmorales.

Y sin embargo, aun hay algunos que se apellidan católicos, que quieren cohonestar con falsos pretestos la lectura de tales libros. *Todo se ha de leer, dicen, porque es bueno que el hombre sepa de todo.* ¡Cómo si el saber lo malo, fuera una cosa buena! Olvídanse de aquella sentencia del Apóstol San Pablo, cuando decia: No importa el saber, sino saber con sobriedad: *Non..... opportet sápere sed sápere ad sobrietatem.* (1) Y además, que el leerlo todo para saberlo todo, sabiendo que hay cosas malas, es lo mismos que si en materia de alimentacion se comiese de todo, aun lo mas nocivo y perjudicial, por gusto de saborearlo todo.

Yo dice un católico á medias, *lo leo todo; pero despues de haberlo leido todo, admito lo bueno y rechazo lo malo.* A este le podríamos tambien contestar con el simil anterior; es decir, lo comes todo aun lo mas venenoso y

(1) Ad Rom. XII. 3.

despues de tenerlo en el estómago, vomitas el veneno y te quedas con el buen manjar. Convencidos estamos que el tal católico, no haria esto segundo, por temor de quedar envenenado y espuesto á una muerte casi segura. Pues si en lo perteneciente al cuerpo se guarda tanta prudencia y esquisita precaucion, lo cual es áltamente laudable ¿cuánta mayor no debe guardarse en lo que se refiere al espíritu? Si para evitar una muerte temporal se huye del más lijero peligro, ¿cuánto más no se debe huir para evitar una muerte eterna?

Añádese á esto, que el hombre por su propia razon es incapáz en todas las ocasiones de discernir entre lo bueno y lo malo, entre la verdad y el error; lo uno por que en el estudio de las ciencias no siempre se presenta esa diferencia tan clara y evidente que pueda conocerse; y la otra porque frecuentemente el entendimiento humano procede en sus investigaciones con mucha parcialidad y lleno de preocupaciones injustas, y sabido es que las pasiones del hombre levantan un humo sobre su espíritu, que, sin la gracia de Nuestro Señor Jesucristo llegan á oscurecer su inteligencia y á endurecer su corazon.

Otros católicos con resabios de incredulidad *piden satisfaccion á la misma Iglesia, exígenle la razon de su mandato*, prohibiendo la lectura de ciertos y determinados impresos. Estos católicos son semejantes al hijo rebelde que se levanta contra su buen padre, porque este siempre amante y cuidadoso le prohibe llevar armas mortíferas. Ignoran aquel consejo del Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico. *Hijos, oid el consejo de vuestro padre y cumplidlo para que seais salvos. Filii judicium patris audite, et sic fácite, ut salvi sitis.* (1)

¿Y qué diremos de aquellos que proclaman la liber-

(1) Eclesias. III. 2.

tad de imprenta? No son, ni pueden ser católicos, ni buenos filósofos, ni hombres de órden; porque dicha libertad está reprobada por la Iglesia, es contraria á todo criterio de razon, y es causa de perturbaciones sociales. La religion, la verdad y la sociedad, quedan heridas de muerte, si morir pudieran, una vez establecida y reconocida como de derecho ó de hecho esa mal llamada libertad de imprenta. He ahí por que desengañados por triste, y sangrienta esperiencia, algunos hombres de Estado han principiado á mirar esa decantada libertad como á una peste social, con la cual se hace imposible todo gobierno.

A la religion católica le es esencial la autoridad como principio de unidad. La libertad de imprenta rechaza la primera y tiende á destruir la segunda.

La verdad jamás puede transigir con el error. Y la buena filosofía enseña, que el error no tiene, ni puede tener derecho alguno sobre la verdad; y que toda verdadera libertad debe tener por principio á la razon y á la justicia y como término la misma verdad. La libertad de imprenta, no es sino la libertad del pensamiento ó de la conciencia reducida á la práctica; es autorizar legalmente, que uno piense los errores mas absurdos, ó que crea y enseñe las mas infames doctrinas; es como dice M. Girardin: *Pensar todo lo que se quiera, decir todo lo que se piensa y hacer todo lo que se pueda*, es en fin, pensar, decir, y hacer lo que á cada uno se le antojare, y jamás el entendimiento del hombre puede encontrar en sí derecho para semejante independencia ni Dios tampoco se la ha concedido. ¡Pobre Nacion en la que tal libertad se estableciera!

Se convertiría en una torre de Babel, en la que cada uno hablaria su diverso y contradictorio lenguaje, y en la que no podria haber autoridad, ni órden, ni paz. La Iglesia, pues, con razon la condena; la buena filosofía

con fundamento la rechaza; y la sociedad que se guie por los principios de justicia no puede menos que borrarla de sus códigos.

¡Triste esperiencia, Hermanos é hijos carísimos, tenemos en nuestra España, de lo que fué y puede ser la mal llamada libertad de imprenta! Muy bien recordareis, que en folletos, periódicos y hojas sueltas se pretendia borrar de nosotros la fé católica y los nobles y puros sentimientos del pueblo español. Todavia, parece, hieren nuestros oidos, aquellas nefandas y horribles blasfemias contra Dios, proclamando el ateismo; contra la Vírgen Maria tratándola con descarada é impía irreverencia; contra Pio IX escarneciéndole; contra los Obispos menospreciándolos; contra el clero desprestigiándole; contra todo, en fin, lo más santo y más sagrado, que puede haber en los cielos y sobre la tierra.

Y en atencion á todo esto, ¿le será al católico cosa indiferente el leer, ó no leer, unos libros, periódicos ó impresos contrarios á la fé, opuestos á la moral, y tan perjudiciales á la misma sociedad? No; A. D. porque además de las razones espuestas, hay una última razon que alegar, y es, la *escomunion mayor* reservada al Sumo Pontífice que la Iglesia, con verdadera autoridad, ha impuesto á todos aquellos que sin la competente autorizacion de la misma, leen, retienen ó propagan libros ó impresos condenados por ella.

Queda, pues, probado aunque sucíntamente que *No todos los impresos se pueden lícitamente leer*. Empero no basta saber solo esto. Se necesita saber algo más; es decir, no basta que los católicos se priven ellos de leer tales escritos; si que tambien han de trabajar, á fin de que estos impresos no se propaguen, ni se lean por los demás.

Tienen, pues, todos los católicos la estricta obligacion.

de impedir la propagacion de los libros ó impresos malos y opuestos á la fé.

II.

Siempre la pusilanimidad es un defecto, y algunas veces un pecado. Es efecto de una cobardia que oprime al corazon y le impide obrar como debe. Baste saber, que su contrario, es la magnanimidad del espíritu, que impulsa al hombre á emprender cosas grandes á gloria de Dios. ¡Desdichada sociedad la que no cuenta con almas generosas y de valor! El que posee esta virtud, á nada teme y vence cuantos obstáculos se oponen á la consecucion de sus santos fines. Por eso los Españoles fuimos grandes en religion, literatura, ciencia y honor en el siglo XVI; pues, tuvimos corazones generosos y magnánimos. Una Santa Teresa de Jesus, que cuantos la trataban decian *que era la muger que todo lo podia*; un San Francisco Javier que la conversion de todas las Indias, le parecia poco á su enardecido corazon; un Santo Tomás de Villanueva, el cual decia que él remediaria todas las necesidades, no solo de su diócesis, sino de todo el mundo: ¡tal esfuerzo le infundia su magnánimo corazon abrasado en el fuego de la caridad de Dios! y otros muchos que seria prolijo enumerar, fueron el tipo del corazon magnánimo.

Falta en verdad hacen hoy esos corazones magnánimos que nos den tan altos ejemplos de virtud y de valor en este siglo de desfallecimiento en que vivimos, que como ha dicho un escritor, el mal no proviene ménos de la debilidad de los buenos, que de la perversidad de los malvados. Estos no dominan sino porque se afirman; los buenos son sobre todo vencidos porque tiemblan y disimulan. Recordad pues, que la virtud propia de este tiempo es el valor religioso, y que es un crímen contra

Dios ocultarse para servirle. Los disimulos, las concesiones desgraciadas nada salvan acá en la tierra, y quien se haya sonrojado del Maestro divino ó de su palabra, el Maestro se sonrojará de él ante su Padre que está en los cielos. (1)

El católico que es egoista, á todo teme; no sea que por dar un paso que dice el, no es de obligacion, venga á perturbar su sosiego y falsa paz; es verdad que procura cultivar en secreto la piedad, oye misa los domigos, reza el rosario en su casa, confiesa y comulga por pascua florida y cree que ya está todo hecho. Invitadle á trabajar en las obras necesarias para restablecer por completo en el mundo el reino de Jesucristo y le vereis todo asustado y empezará por escusarse alegando frívolos pretestos y diciendo que.... eso no es de obligacion. ¡Qué contraste forma esta cobardia tan funesta y criminal, con la actividad que demuestran los hijos de las tinieblas, que no perdonan medio ni recurso alguno para afianzar y extender en la tierra el imperio de satanás!

No le digais, que es preciso hacer sacrificios para propagar el bien, ó impedir el mal; porque os contestará que..... él ya cumple con su obligacion: olvidando que la vida del cristiano ha de ser vida de sacrificio.

Tampoco indiqueis al egoista, que ya que él teme exponer su salud y su vida en defensa de la fé y en promover la piedad, coopere á lo ménos con sus haberes al indicado fin; porque os responderá, que..... eso no es de obligacion. Si os esforzais con vuestras razones á que haga limosna y ponga de su su parte su influencia, ó escite á otras personas para que favorezcan la propagacion de las buenas doctrinas; os responderá, que.... eso no es de obligacion.

---

(1) Luc. IX. 26.

Si llegan las cosas á tal estado, que la religion peligra, que la enseñanza es anticatólica, que los maestros enseñan á los niños la impiedad, que todo tiende á que se pierda la fé, y que se corrompan las costumbres; y es necesario, que todos los católicos despierten de su letargo y hagan todos los esfuerzos posibles para luchar y vencer al mal y al error, con la verdad y el bien, y todo esto lo esponeis á un egoista, os responderá que.... él quiere estár bien con todos; que.... no quiere malquistarse con alguien; que.... eso no es de obligacion. Si, en fin, vosotros sabeis qne está suscrito á periódicos ó revistas cuya mision es desprestigiar á la Iglesia y cuyas tendencias son revolucionarias y anticatólicas; y le manifestais deje de contribuir á la propagacion de tales periódicos ó revistas, os contestará que.... eso es cuestion política, y por lo tanto, el dejarlos.... no es de obligacion.

Inútil que le espongais todas las Alocuciones Pontificias lamentándose del estado aflictivo de la Iglesia, debido en su mayor parte, á la multitud de libros impíos é impresos anticatólicos; inútil que le manifesteis los Breves y Rescriptos de los Sumos Pontífices alentando á los católicos, para que con sus escritos contrarresten la marcha destructora del mal; inútil que le presenteis las Cartas-Pastorales de los Sres. Obispos secundando los fines del Vicario de Jesucristo por medio de disposiciones y mandatos; á todo esto opondrá el católico egoista algunos pretestos y falsas razones para cohonestar su indigno modo de proceder.

¡Ah H. é hijos muy amados! No seamos egoistas y cobardes; estamos en vísperas de la gran batalla; no nos hagamos ilusiones; la revolucion estiende sus formidables huestes por todos los pueblos y Naciones; no hay que perder tiempo; mañana será ya tarde. ¿Qué se diría de un oficial que enfrente del enemigo pidiera su licencia

absoluta? qué de un soldado que empezara á huir de la batalla al silvar las primeras balas? Muchos son ciertamente los que nos acometen, pero todavía son muchos muchísimos más los que nos defienden. El miedo es mal consejero y nunca salvó á nadie. No os asusteis ni digais como Giezi el criado de Eliseo que al ver la multitud de caballos y carros del ejército que el Rey de Siria enviaba contra él exclamó: Ay, ay, ay, ¿Señor mio, qué haremos? No temais os responderé con el Profeta, porque muchos mas son con nosotros que con ellos. Haced oracion al Señor como el hombre de Dios. El abrirá vuestros ojos como los de Giezi, y vereis entonces en rededor de vosotros y en el monte de la Iglesia, caballos y carros de fuego como los que estaban en rededor de Eliseo. (1) *Et ille respondit: noli timere: plures enin nobiscum sunt, quam illis.*

¡Desgraciada la religion católica si todos sus fieles fueren de tal índole! Porque estos son del número de aquellos Fariseos hipócritas, de los cuales dijo el Espíritu Santo: este pueblo me honra con los lábios, pero su corazon está lejos de mí. *Populus hic labiis me honorat; cor autem eorum longe est á mé.* (2)

No; amados Hermanos é hijos carísimos; no basta en los tiempos presentes solo creer y decir que uno es católico; nunca ha sido esto bastante y mucho ménos en la actualidad: Hasta algunos de los incrédulos quieren denominarse y vestirse con el ropaje de católicos. *Fides sine operibus mortua est.* (3) Su fé sin las obras no tiene vida; es un cuerpo sin espíritu; una campana que suena, cuyo sonido es arrebatado por el viento; es un sepulcro blanqueado, que por dentro todo es corrupcion; es una fé que para nada sirve. *Nihil sum*; nada soy; decia el Apos-

(1) Reg. VI. 16.
(2) Math. cap. XV, 8.
(3) Jacob. II. 26.

tol, sin las obras de la caridad; y si algo soy, no soy otra cosa que *æs sonans, aut cymbalum tinniens.* (1)

Es decir, que es esencial para ser católico creér y obrar conforme á lo que se cree.

Oponer creencias ciertas á opiniones falsas y obras de piedad á obras de maldad. Observad sino la conducta de los impíos.

La impiedad para propagar su infernal doctrina, se mueve y se agita en todos sentidos, crea asociaciones que bajo el velo de *fraternidad*, tienden á destruir la Religion y la sociedad. Si es necesario hacer cuantiosos dispendios para conseguir su inícuo fin, no dudan hacerlos; si el subir los escaños del poder, ha de favorecer sus intenciones, ellos mil artificios emplearán para conseguirlo. Si se necesita hacer sacrificios para sobreponerse á la Iglesia, todo lo sufrirán á trueque de vencer.

Si todo esto y mucho mas hace la impiedad para destruir ¿cuánto más no debe hacer el católico para edificar? ¿cuánta no será la responsabilidad de algunos católicos ante el Tribunal recto del Dios de la justicia, por su apatia, indiferencia y egoismo? ¿qué obligacion, pues, no pesa sobre todos, para hacer en favor de la verdad y el bien, lo que los impíos hacen en pró del error y del mal?

¿Y los sacerdotes que deben hacer? ¡Ah venerables Hermanos y amados cooperadores en el ministerio. Vosotros sois mis brazos y mis manos como Nos sómos el ordenador del trabajo, mucho, muchísimo podeis hacer y estais haciendo en la realidad. Vosotros con vuestra ciencia y virtud, con vuestra doctrina y ejemplo habeis de ser la roca donde se estrellen los depravados intentos de la filosofía anticristiana que á nada ménos tiende que á concluir con la religion verdadera y á destruir la

(1) Corint. XIII. 1.

sociedad. Vosotros habeis de ser el dique que ataje y contenga ese rio de la impiedad que se desborda por todas partes y todo lo innunda. Vosotros sois los labradores enviados por el Padre de familias para esterminar esa maldita semilla del error y mala doctrina esparcida por el hombre enemigo en el campo del Señor. El os envia, id con fé. El nos ayudará á todos con su proteccion que nos alcanzará nuestra bendita Madre la Vírgen Inmaculada bajo el título de N. S. del Mar y nuestro ínclito Patrono y Padre en la fé el Martir S. Indalecio.

No; no es un consejo lo que vamos á deciros; es un precepto; un mandato del mismo Dios: *Ecce constituite super gentes*, nos dice el Señor por Jeremias; *ut evellas, et dissipes, œdifices et plantes.* (1).

Ut evellas. Obligacion nuestra es, arrancar la maldad de los corazones de los fieles; y para esto arrancar tambien de sus manos, aquellos libros, novelas ó periódicos, que causan tales estragos. *Et dissipes.* Disipar las tinieblas del entendimiento, poniendo en manos de los fieles, aquellos impresos que les instruyan en el camino de la virtud. *Ædifices.* Edificar la santidad en su alma, por medio de exhortaciones santas. *Et plantes.* Plantar simiente divina en sus corazones para que dén fruto de vida eterna.

¡Oh Pastores de Israel! Vosotros sois, os diré con un piadoso escritor, vosotros sobre todo sois los que debeis curar las llagas de este siglo enfermo.—No podeis contar ya con los poderosos para auxiliar vuestro ministerio, no podeis contar sino con vosotros mismos, pero si amais de veras basta. Tomad pues una á una las almas que os están encomendadas. Curadlas suavemente sus heridas, como se curan las heridas de aquel á quien se ha amado. A esas almas extraviadas, no las hagais

(1) Jeremia I. 10.

extraviar mas aun manifestándoles ira ú ódio, el pecado las merece sin duda, pero el pecador solo merece compasion. Por quebrada que esté no arranqueis la caña que aun está sujeta á la tierra. Id, id á buscar las ovejas perdidas, para traerlas al redil, y si el camino es demasiado áspero, tomadlas á hombros como el Divino Pastor, para evitarlas el cansancio. Así las volvereis á Dios por medio de vuestro amor, y si cada pastor gana las almas que le están confiadas, el mundo entero se encontrará convertido.

La oracion, el ejemplo, la ciencia, la caridad, tales son los remedios mas propios para curar á este siglo, si todavia tiene cura. Si no la tuviere ¡ay! si el mal que lo trabaja es ya demasiado profundo, demasiado universal perecerá, y asi hará Dios triunfar su causa. Todas las demás causas no triunfan sino por la vida, esa cuando parece vencida triunfa por medio de la muerte... y volverán Señor á levantarse de nuevo vuestros altares, puesto que vuestros altares descansan sobre las sepulturas de vuestros mártires.»

Todos A. D.: todos; sacerdotes y fieles tenemos obligacion de impedir la propagacion del mal que tanto se enseñorea del mundo, á causa de la multitud de libros é impresos tan perversos. Obligacion ineludible, porque así lo reclama la gloria de Dios; el bien de los fieles y de la Iglesia y el bienestar de la pátria: la gloria de Dios que la impiedad le quita con sus escritos infames: el bien de los fieles para que no se corrompan y pierdan la fé; el bienestar de la sociedad, para que no se sucedan á cada paso revoluciones, motines y trastornos que son su ruina y propia abyeccion, obligacion sagrada impuesta por la religion y por la naturaleza misma del hombre criado por Dios para vivir en union con sus semejantes.

Por lo tanto el que de veras se precie de católico, y

para cumplir en tan estricta obligacion, ha de procurar no solamente dejar de leér toda clase de impresos, libros, novelas y periódicos contrarios á la Iglesia, sino que sus hijos ó dependientes, no los lean, ni retengan en su casa sino al momento hacer entrega de ellos á su respectivo cura párroco. Han de procurar además, que sus parientes conocidos ó amigos hagan lo mismo; y en cuanto les sea posible denunciar reservadamente á aquel que los tenga y resista presentarlos pues se le hará una obra de caridad; amonestar con dulzura pero con celo á los demás, á fin de que dejen de suscribirse á tales impresos, porque de no hacerlo labran su propia ruina en tiempo y en eternidad, y cooperan de una manera activa al establecimiento de la impiedad en el mundo.

Mientras tengamos tiempo, A. D., obremos el bien; porque vendrá pronto la noche de la eternidad en la que nadie podrá ya merecer. *Dum tempus habemus opereum bonmus.* (1) *Venit nox cuando nemo potest operari.* (2) Y un gran bien haremos para nosotros y para nuestros hermanos dejando de leér los malos libros é impidiendo su propagacion; porque como habeis visto=*No todos los impresos se pueden lícitamente leér, y cuan grave es la obligacion de los católicos de impedir la propagacion de los malos y opuestos á la fé*, que es lo que nos proponiamos manifestaros.

Venerables sacerdotes y fieles todos de esta Nuestra muy querida Diócesis, permitidnos que al terminar esta Carta Pastoral, pongamos en nuestros labios, aquellas palabras llenas de uncion divina y santo celo, que salieran de la boca del mas amante y mas sufrido de los Pontifices, el actual Papa Pio IX, en sus letras Apostó-

---

(1) Ad Galat. VI. 10.
(2) Joan. IX, 4.

licas:—*Tuas libenter* del 21 de Diciembre de 1863.

«Emplead asíduamente, *decia*, todos vuestros cui»dados y pensamientos en defender y propagar la sana »doctrina. No dejeis de inculcar á todos que eviten cui»dadosamente todas las novedades profanas y no per»mitan dejarse engañar por aquellos que ensalzan im»pudentemente, no solo la falsa libertad de la ciencia »y su verdadero adelanto, pero tambien enaltecen los »errores como progreso verdadero.

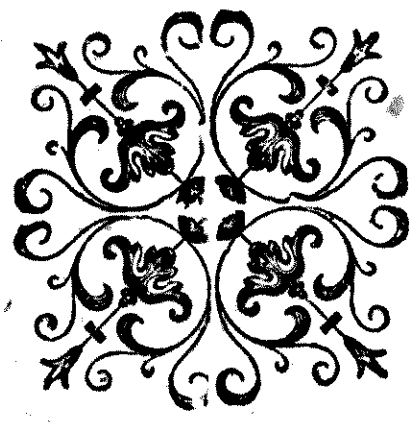
»No dejeis de exhortar á todos con igual empeño y »cuidado á que todos con la mayor solicitud é indus»tria se dediquen á aprender la verdadera sabiduría »cristiana y católica; y cómo es conveniente tengan en »alto precio los verdaderos y sólidos progresos de la »ciencia que sirviendo de guia y maestra la santísima »fé divina, se profesó siempre en las escuelas católicas, »que dieran gloria inmortal á su nombre y grandísi»ma utilidad y brillo á la Iglesia y á la ciencia.

»De este modo ciertamente pudieron los católicos »dedicados al cultivo de las ciencias, con la ayuda de »Dios y en cuanto al hombre es permitido, conocer ca»da dia mejor, desenvolver y explanar el tesoro de »verdades que Dios colocó en las obras de la naturale»za y de la gracia, á fin de que el hombre, despues de »haberlas conocido con la luz de la razon y de la fé, »y conformando con ellas su vida, pudiera contemplar »sin ningun velo, con la claridad de la gloria eterna, »la suma verdad, esto es á Dios, y gozarle felicísima»mente por toda la eternidad.»

Finalmente como presagio de todos los dones celestiales y prenda certísima de nuestro amor y benevolencia hácia vosotros, de lo íntimo de Nuestro corazon os damos la Bendicion paternal en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de la Ciudad

de Almeria, sellada con el mayor de nuestras armas y refrendada por nuestro infrascripto Secretario de Cámara y Gobierno, el dia trece de Enero, festividad de la octava de la Epifanía de N. S. J. C., año del Señor mil ochocientos setenta y ocho.

José Maria, Obispo de Almeria.

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Sr.
Dr. D. Antonio Vallés y Vallés.
Canónigo Scrio.